

Las posadas*

¡Qué tristes nos hemos quedado! Pasaron ya las posadas, es decir, la época en que nuestra capital ordinariamente tan silenciosa, abandona su acostumbrada apatía y parece despertar de su habitual somnolencia, desde la tarde reina en las calles la mayor animación: la gente transita por todas partes muy de prisa. Van y vienen de un lado al otro haciendo sus últimas compras, los postreros preparativos para la animada fiesta nocturna. Todos sin excepción están alegres durante esta temporada. Los jóvenes piensan con alegría en bailar durante nueve noches, ¡nueve!, para entregarse a ese placer que tanto atractivo tiene para la juventud.

¡Qué de galantes aventuras durante esas noches de regocijo! Desde la mañana, las bellas bailadoras piensan en su *toilette*.

Aquellas cuyo guardarropa no está muy provisto, hacen prodigios de imaginación para combinar adornos variados todas las noches; los graves papás tienen que prepararse para grandes batallas domésticas.

Por un lado, las niñas que necesitan tantas cosas, si no trajesen, a lo menos, algunas pequeñeces, como cintas y otros adornos. Eso de pronto, que ya vendrá la Noche Buena y entonces sí será necesario un bonito traje. ¡Cómo se ha de ir con alguno de los que se han llevado tantas veces! Por otra

* * Victoria González, *Abeja*, "Las posadas", *El Partido Liberal*, t. XII, núm. 2039 (27 de diciembre de 1891): 1.

parte, los chiquillos también ambicionan posadas, han pasado o están para llegar los exámenes, y los pequeñuelos sentados durante el día en los bancos del colegio, escuchan la voz grave y pausada del maestro que les explica minuciosamente que los números para sumarse tienen que ser homogéneos, y que el artículo precede siempre al nombre.

Ellos miran al dómine con los ojos fijos, pero su imaginación está bien lejos de ahí. ¡Qué hermoso guerrero vieron anoche en la plaza! ¡Cómo brillaba su coraza! Y, eclipsando al maestro, pasean en variada procesión todas las piñatas que han visto las noches anteriores, y dan vuelta a casa sin haber puesto atención a todas las explicaciones que se les han dado. Los niños rodean al papá; aquella noche es preciso que se dé una posada. ¿Pasar *todo el día* estudiando para ir después a la cama, sin haber gustado los clásicos confites? No, decididamente los niños se declaran en abierta rebelión. El papá resiste; van a arruinarlo con las posadas, pero ahí está la madre: cumpliendo siempre su misión de ángel del hogar, interpone sus ruegos. Es la vida tan amarga y penosa que hay que dulcificarla todo lo posible, y los padres tienen que proporcionar a sus hijos algunos goces. Así, pues, hay que hacer posadas a los niños. ¿Y el papá qué ha de hacer? Inclinar la cabeza y dar gusto a todos; así, los pequeños acuden en tropel a la gran Plaza de la Constitución. Allí es un magnífico punto para curiosas observaciones. Infinidad de personas circulan entre las barracas allí

levantadas y en las que se expenden multitud de objetos que a nosotros nos son ya familiares; pero si veis algún extranjero que se detiene a contemplar esas cosas de tan diferentes formas y cuyo objeto no conoce, comprenderéis fácilmente el asombro que se retrata en sus facciones; trabajo le cuesta creer que todo aquel bullicio viene a ser derivado de un acto religioso, de la conmemoración de un acontecimiento que es, como si dijéramos, la base de la religión católica: ¡El nacimiento del sublime Redentor! Hay que explicarles detalladamente lo que significan las posadas y encuentran fácil de comprender la procesión, las andas con los santos, y aun la repartición de cajas pequeñas de formas diferentes, llenas de dulces, con que se obsequia a las señoras. ¿Pero y la *piñata*? ¿Qué significan esos tarros llenos de dulces y cubiertos de papel, simulando varias figuras? Se encuentran toreros, bailarinas, polichinelas, desposadas, monjas y hasta hemos llegado a contemplar un prelado con su báculo y su mitra. ¿Qué analogía tiene todo eso con el nacimiento del dios hombre? En los pueblos, los indios bailan clásicas danzas vestidos con trajes grotescos y siempre diferentes. Estas danzas, que son una de las formas que los naturales de nuestro país dan al culto religioso, varían según el día en que son ejecutadas. Una vez, al contemplar un grupo de hombres que con extravagantes vestidos ejecutaba una danza a la puerta de un templo, nos detuvimos a preguntarles qué significado tenía para ellos aquel ejercicio a que se

entregaban con tanto afán. El más viejo de ellos tomó la palabra y nos contestó: “No sé lo que es esto, pero así lo hizo mi abuelo y después mi padre, y yo lo hago ahora para que mis hijos y nietos lo hagan después”. Pues bien, una respuesta semejante tendríamos que dar si se nos interrogase acerca del significado de las llamadas piñatas: se ignora el porqué de esa costumbre.

Podemos, sin embargo, decir que las posadas son encantadoras: con ellas goza todo el mundo, viejos, jóvenes y niños. Por otra parte, y si se miran por el lado financiero, ¡para cuántos infelices son un recurso! ¡Cuánto ingenio para la construcción de las pequeñas cajas para los dulces, confeccionadas en los más miserables hogares y que después familias enteras expenden, y cuyo producto asegura el pan de algunos días! Así, pues, las posadas, después de ser una diversión para muchos, son un recurso para otros.

Viene después la Noche Buena, también es un gran día: se trata de poner el nacimiento, es decir, simular el pequeño pueblo donde vio la luz primera el Mártir del Gólgota en el tradicional establo, poblado de ángeles; colocar al pequeño Niño Dios y formar después la gran comitiva de pastores que se acercan a ofrecer un homenaje al Rey del Universo. ¿Quién se preocupa estudiando los usos y costumbres de aquel pueblo? ¿Quién piensa ni por un momento en la diferente vegetación de los diversos climas? Nadie, absolutamente. Los pastores irán vestidos a la fantasía del

que ejecutó el traje; rodean las pequeñas chozas (por lo general habitadas por indígenas de nuestro país) platanares y cocoteros, mezclados con el maguey de climas fríos; los tigres de Bengala pasean entre sembrados de trigo, a cortísima distancia de las cabañas. La perspectiva y la proporción en que son colocadas casas, árboles y personas, harían la desesperación de un pintor, pero ¿qué importa todo esto si forma las delicias de familias enteras? ¡Si nadie lo observa porque pasa en el fondo de un tranquilo hogar!

¡Con qué inocente alegría los niños contemplan aquella agrupación de casitas y árboles y pastores con su rebaño que forman lo que se llama el *nacimiento*; qué bello les parece todo aquello; cómo brilla la estrella sobre el portal: es imposible que los Reyes Magos que descienden por la falda de la montaña no sean bien guiados por su luz resplandeciente! El abuelo, con manos temblorosas, da la última mano a todo aquello; su cuerpo, doblegado bajo el peso de los años, se ha fatigado extraordinariamente, pero sus nietos lo rodean con caritas sonrientes, con charla infantil, y el pobre viejo se siente recompensado en su trabajo sólo con haber alegrado a sus pequeños. La madre sonríe también. ¡Qué gratos recuerdos trae a su mente la vista de sus hijos alborozados y contentos! Ella también en su infancia, cuando vivía exenta de penas y cuidados, gozaba con el nacimiento que sus padres ponían por complacerla. Viene después la cena; todos ríen alrededor de la mesa de

familia; ¡qué alegría al verse así reunidos en una noche como esa!

Uno de nuestros más populares poetas, Juan de Dios Peza, dedicó unas cuartetas a esta alegre fiesta del hogar, y en ellas se ven descritos todos esos goces. Dicen así:

¡Qué entusiasmo! ¡Qué alegría!
¡Qué fiesta santa y serena!
Falta lo mejor, la cena,
¡La gran cena de este día!

-

De la mesa en derredor,
Donde todo se concilia,
Está toda la familia
Llena de dicha y amor.

-

El niño, el joven, el viejo;
Doncella, madre y abuela,
Tanto el que asiste a la escuela
Como el que asiste al consejo.

Y efectivamente, qué tierno cuadro presenta la mesa de familia durante la cena de Noche Buena, de esa noche, manantial inagotable de goces para el niño y de tiernos recuerdos para todos aquellos que han pasado ya la edad de la inocencia.

Abeja